

# VIRGILIO PIÑERA:

## ---Literatura y Revolución

- "La U.R.S.S. no es un estado comunista"
- Posición del escritor cubano actual
- Los que serán puestos en evidencia

Es de sobra conocido que el clásico postulado marxista: "La literatura al servicio de la Revolución", ha ido perdiendo, con el decursar del tiempo, su severo dogmatismo. Por ejemplo, leí no hace mucho en la revista inglesa Encounter que actualmente en la Rusia Soviética los escritores pueden tratar el tema del Amor (hasta ese momento prohibido por el Partido), y añadía el articulista que el público había recibido con agrado aunque con cierta extrañeza las primeras novelas con tema amoroso. También es sabido que ciertos escritores que estaban en el Index comunista han sido devueltos a las bibliotecas y editoriales; igualmente, Marcel Marien en su conferencia sobre Malakowski dice que si la literatura rusa es dirigida ello se debe a que todavía la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no es un estado comunista. Expone Marien que si los escritores soviéticos escriben sobre el obrero, el campo, las máquinas, etc., es porque la Rusia actual no es plenamente el comunismo si no un Estado socialista, y que en el momento en que el mismo advenga, es decir, cuando las clases sociales se hayan refundido en el Hombre mismo ya no habrá necesidad de una literatura dirigida.

Digo esto a propósito del compromiso de los escritores cubanos con la Revolución. Ninguno de nuestros escritores —a menos que no se sienta habitante de otro planeta, o lo que sería más risible: habitante de la literatura pura (¿qué es eso?), puede ignorar tal compromiso. Para empezar, la Revolución ha prestado un grandísimo servicio al escritor: lo ha sacado del impasse estetizante en que se encontraba para colocarlo en un plano de confrontación inmediata consigo mismo y con su propio pueblo.

¿Quiere esto decir que el escritor cubano tenga, de hoy en adelante, que escribir sus libros según consignas? ¿Que reciba órdenes perentorias, que tenga que amoldarse a los temas que le señale la Revolución? Para evitar malentendidos (¡y cuántos no se originan día por día!) diremos que la propia Revolución no ha pensado por un momento en dar pautas al escritor, en consignarlo a escribir lo que ella quiera. La Revolución quiere más y más tractores pero no ha dicho al escritor que haga odas al tractor o que escriba una novela sobre la R. Agraria. Si el escritor produce literatura dirigida es cosa que él debe resolver por sí solo, en el momento que lo juzgue oportuno y si realmente se siente dotado para poner sobre un plano artístico la maquinaria revolucionaria.

Todo el mundo se agita y polemiza a propósito del compromiso Literatura-Revolución. Unos sostienen que la misión del escritor es puramente revolucionaria; otros arguyen que hacer literatura según una consigna significaría limitar la libertad creadora. Quien piense de uno u otro modo será, mal que le pese, o un candoroso o un casuista. A mi modo de ver, el compromiso está en que el escritor, frente a a un hecho consumado no puede ignorarlo; que ese hecho consumado ha cambiado profundamente la vida nacional; que por pertenecer ese escritor a la comunidad también su propia vida ha sufrido un cambio; por último, que su habitual enfoque de las cosas tendrá que ser revisado.

Si el escritor cubano (tanto el de la vieja guardia como el de la nueva) no está muerto o se hace tal, sentirá que su hasta ahora vegetativa vida literaria ha terminado de una vez por todas; que ha llegado el momento de abandonar su refugio marfileño (ése que no fue erigido por propia e irresponsable determinación si no fabricado e impuesto por las cochinerías de cincuenta años de contubernios de todo género); que su obra, con ser valiosa y representar un acto de heroísmo intelectual (no se vive si no heroicamente entre tanta podredumbre) es una etapa, que justamente cumple su ciclo en el momento que se produce el triunfo revolucionario; que el hecho mismo de este triunfo significa una toma de conciencia; que su obra puede ser todo lo exquisita y rara que se quiera con tal que no esté marcada con el sello de la gratuidad, y finalmente, que la comunicación con el pueblo (y por pueblo también entendemos al lector de Mallarmé) sea tan demostrable como la existencia del Primer Ministro o la aplastante realidad de mil tractores.

Este es el compromiso y no otro. Por cierto, un compromiso bien comprometido. Será más fácil cumplir el pretendido de las consignas que este otro, asentado nada menos que en el Ser mismo puesto a mirarse sus propias entrañas. Cualquier engaño puede ser válido pero el del escritor termina siempre por volverse contra él mismo. Digo esto, porque hablando de compromisos, pienso en esos escritores que dicen marchar codo con codo con la Revolución y en el fondo la traicionan. La Literatura tiene sus contrarrevolucionarios que actúan a base de incienso y cestos de flores. Desconfíese del escritor pretendiente revolucionario que se apoya en la iconoclastia más ortodoxa (valga la redundancia) para niegar y destruir todo. El lector no prevenido quedará agradablemente sorprendido con sus golpes de efecto: "Aquí no hay literatura, todos son unos idiotas, somos un pueblo analfabeto, la Revolución debe proscribir a los intelectuales que se las dan de sabihondos sin saber nada"... Y así por este tenor. En el fondo, sólo está poniendo de manifiesto su propia impotencia, su desolada frustración, y cuando escribe artículos de esta laya se pinta a sí mismo de mano maestra. Su resentimiento arma el engaño, instaura la confusión, y aunque en definitiva sea él el único engañado, no deja de producir desasosiego en el lector.

Baudelaire decía que Jules Janin era su "bete noir" a causa del pretendido compromiso de este escritor con la literatura de su tiempo, y también pensaba un poco lo mismo de Saint-Beuve que coqueteaba con Napoleón III y presidía el salón de la sobrina de éste: la Princesa Matilde. Lo cual significa que los mixtificadores terminan por ser puestos en evidencia. Nosotros los tenemos, y no son unos pocos. Si bien es cierto que el escritor cubano es, hasta el presente, tan sólo un proyecto, no por ello vamos a ser condenados a la desfenestración, y de un proyecto bien intencionado, mejor comprometido puede surgir un ser en plena realización. Ahora bien, de un compromiso simulado sólo se forma esa palabra que se supone Cambronne dijera en el campo de batalla de Waterloo. ¡Y qué oportuno!: terminarán por tener ellos también su Waterloo.